

A JOSÉ IGNACIO QUE, CON URGENCIA, NECESITA TIEMPO DE SOLEDAD Y SILENCIO

Querido José Ignacio:

Me planteas hoy un tema de enorme interés: la necesidad urgente de disponer de momentos de soledad y silencio. Brevemente te diré lo que pienso.

El hombre de hoy, acaso también el hombre de todos los tiempos, se halla en una encrucijada. O acepta vivir en un enjambre de relaciones semejante a la telaraña que ahoga y destruye a quien cae en sus redes, o conquista una vida donde uno mismo es dueño y señor de sus actos y, en definitiva, conquista su libertad. Por lo que me dices, José Ignacio, tú quieres ser un hombre libre.

1 – Los peligros de la masificación y el ruido

Alguien ha dicho que, de nuevo, estamos en Babel. Efectivamente, nuestro pecado nos ha confundido las lenguas. El hombre masa y el hombre aturdido florecen peligrosamente en la sociedad moderna. La vida termina siendo una vida sin sentido.

El beato **J. H. Newman**, en su Sermón para el Domingo II de Cuaresma, predicó en imagen la confusión del orgullo humano: *“Suponed, por ejemplo, que sobre las calles de una populosa ciudad cayera de repente la oscuridad; podéis imaginar, sin que yo os lo cuente, el ruido y el clamor que se produciría. Transeúntes, carruajes, coches, caballos, todos se hallarían mezclados. Así es el estado del mundo. El espíritu maligno que actúa sobre los hijos de la incredulidad, el dios de este mundo, como dice S. Pablo, ha cegado los ojos de los que no creen, y he aquí que se hallan forzados a reñir y discutir porque han perdido su camino; y disputan unos con otros, diciendo uno esto y otro aquello, porque no ven”*.

Un inagotable manantial de palabras brota permanentemente de los medios de comunicación, de las tertulias, de los parlamentos y las conferencias. Palabras y palabras que, con frecuencia, traen consigo más tiniebla que luz. Cuanto más hablamos, menos nos entendemos.

La opinión pública, machacona e incansable, termina esclavizando nuestra personalidad y nos marca el ritmo y la canción de la vida. Somos con frecuencia como las bolas de billar que corren, de un lado para otro, golpeados por el taco que tiene en sus manos el más fuerte.

La masificación y el ruido nos despersonalizan y nos pierden

2 – Los valores de la soledad y el silencio

Como contrapunto, y por la cuenta que nos tiene, hemos de optar con prontitud y valentía por la búsqueda de la soledad y el silencio. Sus valores, demostrados suficientemente en la historia, nos ofrecen unos resultados admirables. Bastan dos testimonios como introducción: *“En la soledad nunca estamos solos”* decía, con toda autoridad, un hombre del desierto llamado **Charles de Foucauld**. *“Solamente el silencio es capaz de revelar los abismos de la vida”* dijo el sacerdote suizo **Maurice Zundel**.

Y, más lentamente, veamos por partes los valores que nos ofrecen.

2-1 – Para encontrarnos con la naturaleza

La soledad y el silencio nos ayudan a encontrarnos con la naturaleza. La contemplación de un atardecer, un paseo en el parque, la meditación frente a la tormenta o la nieve, la escalada en una montaña o el baño en el río... nos ayudan a serenar las aperturas de la jornada y a bucear en nuestro ser. Decía **San Bernardo de Claraval** que *“hay más sabiduría en la naturaleza que en los libros”*. Y **Josse Alzin** escribió algo semejante: *“El evangelio y la naturaleza: dos libros para mi alma”*. De modo más expresivo se manifiesta el poeta, dramaturgo, fotógrafo y periodista francés **Auguste Vacquerie** cuando escribe: *“Aun sin saberlo, lo bello es bueno: las rosas han hecho más personas honradas que las leyes”*.

Abrir el libro de la naturaleza y leer en él, sin prisa, sin ruido, con todos los sentidos, con todo el corazón... seríamos al fin personas diferentes.

2-2 – Para encontrarnos con los demás

Aunque no lo parezca, la soledad y el silencio también nos ayudan a encontrarnos con los demás. Ese ambiente de recogimiento y de paz nos regala una personalidad luminosa y atractiva. **Hayraud** dijo que *“un hombre selecto es un hombre que cuenta, un hombre con el que se puede contar, un hombre con el que es preciso contar”*. Este hombre, según **A. Gingras**, es tan importante por su capacidad de *“proporcionar a todas las clases de la sociedad, no la masa, sino la levadura que necesitan”*.

No está solo el que opta por la soledad. Es al contrario, la soledad le hace ser levadura fecunda de la sociedad. La soledad nos ayuda a encontrarnos con los demás y ser para ellos socorro y esperanza. Lo dijo muy bien el filósofo y teólogo **Gustave Thibon**: *“Para salvar a un ahogado, hay que estar en el agua como él: es la comunidad de destinos. Pero hay que saber nadar mejor que él: es la superioridad”*.

En ese rincón silencioso de la soledad podemos, debemos, servir mejor a los hombres escuchándolos, conociéndolos y amándolos.

2-3 – Para encontrarnos con Dios

Ahora es el mismo **Jesús de Nazaret** el que nos ilumina. En su discurso evangélico nos ha enseñado lo siguiente: *“Cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”* (Mt 6, 6). Cuando leemos este texto en la Eucaristía proclamamos que es “Palabra del Señor”. No lo debemos olvidar.

Nuestro filósofo y parlamentario **Donoso Cortés**, desde su fe cristiana, escribió que *“los que rezan, hacen más por el mundo que los que combaten; y si el mundo va de mal en peor, es porque hay más batallas que oraciones”*. Efectivamente, desde esa audiencia privada con Dios, hablándole, escuchándole, ofreciéndole la vida, dejándole el corazón en blanco para que escriba en él lo que quiera, podemos hacer, como decía **Teresa de Jesús**, los negocios más importantes de nuestra vida.

La advertencia de **Josse Alzan**, en este contexto, es inquietante y, por desgracia, certera:

“El hombre de hoy tiene miedo de estar solo, porque sabe que en este silencio le habla Dios. Le gusta más tener dioses mudos”.

2-4 – Para encontrarnos con nosotros mismos

Para concluir hemos de recordar los frutos que nos regala la soledad y el silencio a nosotros mismos: el propio conocimiento, la propia aceptación y, al fin, el encanto de la propia y creciente perfección. Dice acertadamente **Thomas Carlyle**: *“El que no pide nunca consejo al silencio y a lo invisible, nunca jamás producirá nada real en el campo de lo visible y lo expresado”*.

Cuando en la vida tengamos que ponernos manos a la obra en tantas cosas diferentes y urgentes debemos recordar el consejo de **P. Bessières**: *“Antes de hablar, espera a tener algo que decir; antes de organizar a la humanidad, espera a organizarte a ti mismo; antes de mandar, sé dueño de ti mismo”*. Sin soledad y silencio esto es imposible.

Sabemos lo difícil que es mantener un permanente clima de soledad y silencio en medio de este mundo ruidoso y confuso que nos ha tocado vivir. Pero el esfuerzo merece la pena. *“El que no sabe vencerse, ha nacido para ser esclavo”* dijo **E. Langlois**.

Te animo, José Ignacio. No te canses en esta búsqueda que has iniciado. La soledad y el silencio puede ser el manantial de felicidad para tu vida. A la vez que haces tu esfuerzo diario te invito a que levantes al cielo una plegaria. Te deseo que aciertes y no te pierdas en ese camino misterioso y tan eficaz. Una oración que te puede servir es esta:

*Padre nuestro,
Padre de todos,
líbrame del orgullo
de estar solo.
No vengo a la soledad
cuando vengo a la oración,
pues sé que, estando contigo,
con mis hermanos estoy;
y sé que, estando con ellos,
tú estás en medio, Señor.
No he venido a refugiarme
dentro de tu torreón,
como quien huye a un exilio
de aristocracia interior.
Pues vine huyendo del ruido,
pero de los hombres no.
Allí donde va un cristiano
no hay soledad, sino amor,
pues lleva toda la Iglesia
dentro de su corazón.
Y dice siempre «nosotros»,
incluso si dice «yo». Amén.*

Con mi bendición, un abrazo

Florentino Gutiérrez. Sacerdote
Salamanca, 15 de junio de 2013